

OPERACIÓN
TÝCHE
LA VENGANZA DE UCRANIA

JUAN LLOPIS

ÍNDICE

Prólogo	9
Preludio.....	11
1. «Snorkel»	15
2. La goleta	42
3. El Plan Týche	54
4. Empiezan las sospechas	59
5. Piel rojiza	63
6. Sobre el terreno	66
7. El interrogatorio.....	74
8. Emily está peor	92
9. El comandante.....	103
10. La despedida.....	110
11. La depresión de Jack	115
12. El nacimiento de la idea	122
13. La independencia de Ivanna.....	127
14. El consejo de Alejandro.....	143
15. Casandra	146
16. Misso	154

17. Fabiana	174
18. La huida	188
19. Las cartas boca arriba	211
20. La isla del monasterio.....	222
21. El trayecto hacia el encuentro	233
22. Las órdenes	237
23. Atravesando Turquía.....	251
24. El paso del Bósforo	258
25. El interrogatorio de los franceses	267
26. Atracando en Odesa	281
27. El canto de la gallina	293
28. Paso de la frontera.....	299
29. Reacciones	309
30. Seguimos por el mar Negro	316
31. ¿Quién traiciona?.....	320
32. La balsa.....	326
33. Dirección Moscú	334
Epílogo	351
Agradecimientos	353

PRELUDIO

Mi abuela era Natalya Tujachevski, hermana del mariscal de la Unión Soviética Mijail Tujachevski (1893-1937), la única que salvó el pellejo de toda la familia.

Mi tío abuelo era el más brillante de todos los militares que dio el Ejército Rojo. Comunista convencido, pero principalmente militar, hombre arrogante, de gran estatura y porte prusiano, bigote varonil, tenía una mirada de hielo y el temple a prueba de cualquier bomba. Jamás le tembló el pulso ante cualquier decisión que supusiera un bien para su ejército.

Luchó en la Primera Guerra Mundial (1914-1917), en la que destacó por sus dotes estratégicas. Incitó al ataque a los soldados con carros de combate y aviación. Su sistema era parecido al *blitzkrieg* alemán; creía en la guerra relámpago, por lo que disentía de la de los antiguos generales y sus sistemas de batalla.

Su dureza era conocida. En la guerra civil rusa aplastó sin miramientos los levantamientos contra los bolcheviques, tanto en el de Kronstadt como en Tambov. En este último era famosa la conocida orden que dio para eliminar a los campesinos que huyeron a las montañas: «*Los bosques donde se esconden los bandidos hay que limpiarlos con gases venenosos, calculando con precisión para que la nube de gases sofocantes se extienda por todo el bosque, destruyendo todo lo que se esconda en él...*». (Orden de Tujachevski 0116 del 12 de junio de 1921).

Como muestra de su reconocida crueldad se recuerda lo que él llamaba el «mejor sistema de limpieza para eliminar de cuajo a los enemigos del bolchevismo»: detenía a los representantes del *vólosts* (zonas administrativas de campesinos) en número de cuarenta. Por el pueblo se colocaban carteles que anunciaban su ejecución en dos horas si no se delataba a todos los contrarrevolucionarios. Pasado este tiempo mataban a los rehenes y volvían a detener a otra cantidad igual con la misma amenaza, y así repetían la acción hasta que, desesperada, la masa de campesinos denunciaba a quien fuera con tal de parar la sangría.

Tujachevski tuvo continuos éxitos militares y lo condecoraron por multitud de hazañas en el campo de batalla. Coleccionaba medallas, hasta el extremo de que no se las podía poner todas en los actos protocolarios del partido. Se convirtió en el jefe del Estado Mayor del Ejército Rojo y mariscal de la Unión Soviética. Escribió libros, más de ciento veinte, para modernizar las Fuerzas Armadas. Sus implementaciones tácticas dieron formidables resultados en la guerra ruso-japonesa.

El éxito de mi tío abuelo fue arrollador, no solo en el ámbito militar, sino también en el personal. Su arrogante presencia hacía que todas las mujeres se enamoraran de él. Era deseado por sus compañeros y admirado por sus soldados.

Pero las envidias en el partido empezaron con Kliment Voroshilov, presidente del *Presídium* del Sóviet Supremo y primer colaborador de Stalin, que advirtió la excesiva popularidad que estaba adquiriendo Tujachevski. Stalin, que recelaba de todo aquel que sobresaliera dentro del partido, empezó a hacerle la vida difícil al héroe ruso.

A finales de 1930 se produce la Gran Purga, y el 22 de mayo mi tío abuelo es detenido y obligado a declarar, reconociendo su implicación en un complot militar trotskista. A las 24 horas fue sentenciado a muerte y fusilado en el sótano del

edificio del Colegio Militar de la Corte Suprema de la URSS. Murió mirando a sus ejecutores y gritando «¡Viva el Ejército Rojo!».

Así empezó la persecución a toda su familia, con una inquina que solo sabía aplicar Stalin. Su mujer fue llevada a un *gulag* y después ejecutada, como su hermano Nikolay. Su otro hermano, Alexander, su cuñado y demás familiares fueron asesinados de un balazo sin previo juicio, su hija llevada a un orfanato. El resto de familiares terminó sus días en *gulags* siberianos. Solo se libró su hermana, Natalya, mi abuela, por cambiarse de apellido a Raskov. De ahí mi nombre: Fedor Raskov.

La traición que sufrió mi tío abuelo es motivo suficiente para que dentro de mis genes esté marcada la inquina hacia el gran dictador Stalin y todo lo que representa el Partido Comunista Soviético.

Después de su muerte, mi familia, que quedó oculta gracias al cambio de apellido, se trasladó a Ucrania, a la zona de Leópolis, donde crecí odiando todo lo ruso y formándome como militar. Cuando nuestra querida Ucrania se separó del yugo ruso fui parte de los grupos nacionalistas más extremos, que buscábamos la separación total de las antiguas repúblicas soviéticas.

Y esta es la razón de mi lucha.

1. «SNORKEL»

Todo empezó el tercer día de crucero turístico por el Adriático en el barco «Premiere». Tocaba *snorkel*, el buceo con tubito para respirar de toda la vida. Los anglicismos lo asedian todo.

El barco solía fondear en una zona de aguas cristalinas. Estaba rodeado por gigantescos bancos de castañuelas, pequeños peces negros que forman grandes cardúmenes desordenados. Estos animales no reaccionan a la aparición del depredador moviéndose en la misma dirección, como hacen la mayoría de los peces, sino que son unos locos desordenados; su movimiento es típicamente browniano, un caos total, sin orden ni concierto. Y en eso radica su éxito. Cualquier pez grande que intente atraparlos se verá sorprendido por la duda continua. Jamás cazará a ninguno.

Cerca de estos grupos de peces suele haber bancos de alevines de la misma especie de un llamativo color azul metálico, todo un espectáculo para la vista.

Aquella mañana, el capitán tomó la decisión de fondear en dos calas más alejadas, donde ya había atracado un yate de gran lujo. Era un magnífico barco de color oscuro; brillaba con ese negro antracita de los coches de alta gama. Parecía un bello fantasma del mar. Sus dueños debían tener mucho dinero, y tal vez mucho gusto. Sin embargo, parecía como si escondiera algo. Nada se advertía en cubierta, sus cristales estaban ahumados, no se veía el interior.

El capitán, que era un hombre prudente, fondeó a una cierta distancia. En el mar existe la territorialidad, y es cierto que los yates más ostentosos suelen marcar el territorio

como lobos dominantes. Hay un halo de protección de la intimidad a su alrededor que es directamente proporcional a su tamaño y lujo.

Unos minutos más tarde apareció otro barco, una goleta con dos palos. Se puso en medio de los dos, rasgando toda la prudencia de la que hablábamos. El silencio fue roto por un estridente y molesto reguetón acompañado de risas de un grupo de jovencitas en bikini y chavales con una copa en la mano. Se acabaron la calma y el encanto de la cala. Sin embargo, del yate de lujo no salió nada; no se movieron, ni apareció nadie. Nuestra nave rezumaba tranquilidad veraniega, descanso. La nave oscura representaba riqueza oculta, dinero silencioso, de ese que no quiere llamar la atención, aunque no lo consiga. Los nuevos eran pura juventud desenfadada, música alta y risas irritantes. Era molesto que a esa temprana hora de la mañana ya buscaran juerga. Todos los de nuestro barco oíamos sorprendidos cómo nuestros vecinos inundaban de música ruidosa aquel paraíso de paz. El barco negro era hermético; sospechábamos que si ya no les gustaba nuestra presencia, mucho menos les gustaría la de nuestros escandalosos vecinos.

Ivanna se encargaba de organizar todas las actividades del día. Ese día tocaba bucear en las cristalinas aguas del Adriático.

–Podéis *veg* muchos peces cerca de las rocas; hay una profundidad de seis metros. El que tenga pulmones para *ba-jag* que lo intente, pero os recomiendo que os quedéis en la superficie, se *veg* casi lo mismo y no se *cogrre* ningún peligro –dijo, dejando sentir su acento.

Las recomendaciones eran más propias de una madre clueca que de una animadora de vacaciones.

–Tenéis casi dos horas. Después se preparará un delicioso almuerzo croata.

Todos fuimos a la cubierta inferior, donde estaban las duchas para quitarse la sal y las escaleras para que bajáramos los más mayores. Los jóvenes saltaban desde la borda.

Yo tenía mucha experiencia en buceo; lo había hecho prácticamente toda mi vida. A mí me gustaba el buceo autónomo, pero esa vez me daba lo mismo; solo pretendía divertirme y comparar ese ecosistema con el del Mediterráneo de las costas españolas que tanto conocía. Me llamó la atención el que, aunque el agua estaba muy trasparente y no se veía nada de basura, sin embargo había muy poca vida; pocos corales, pocas esponjas y poquísimos peces. El fondo era exactamente igual al de las costas alicantinas, pero triste; no había nada que reseñar, ninguna cosa que sorprendiera. Hice varias inmersiones a seis metros forzando mis ya avejentados pulmones. Al final desistí; era muy aburrido.

Cuando volvía al barco nadando, decepcionado, me fijé en una pared vertical que tenía una oquedad de un relativo tamaño. Me llamó la atención el que la roca pareciera haber sido labrada. Volví sobre mis aletadas e intenté observar esa pared desde otro punto de vista. Se encontraba en un pequeño talud, con un ángulo casi vertical. Gracias a la tremenda transparencia del agua descubrí una puerta... No podía creerlo. Intenté acercarme bajando esos seis metros y vi que era una puerta metálica con su marco, del mismo material, intacto. Tenía un candado muy oxidado, pero la puerta en sí estaba bien mantenida, sin apenas algas ni rizomas adheridos. Subí a coger aire; mi organismo ya protestaba. Una bocanada y otra vez para abajo; el corazón sonaba en el interior como en una caja hueca. Mi nerviosismo por el extraño descubrimiento me tenía totalmente enajenado. Bajé cinco veces, utilizando una técnica que me había enseñado mi amigo Ángel, avezado submarinista; consistía en hiperventilar en la superficie y vaciar totalmente los pulmones, sumergién-

dose con poco aire. Al introducirte, la sangre está oxigenada y te mantiene consciente y alerta. Este sistema me permitía bajar más rápido y aguantar más tiempo.

La puerta tenía un picaporte que intenté abrir pero no se movió ni un milímetro. Cansado, me acerqué al barco, subí y, sin poder aguantar la emoción, se lo dije a Pablo.

–¡Pablo! ¡Hay una puerta!

–¿Qué dices? –Me miraba sin prestar mucha atención, como a un niño cuando encuentra una estrella de mar.

–Sí, es increíble. ¡Una puerta cerrada a seis metros!

–¿Una puerta? ¿Dónde? ¿En el casco del barco?

–No, no. En una roca cerca de aquí, en una pared. Una puerta cerrada con un candado.

–Pero ¡qué tonterías dices! ¿Debajo del agua?

–Que sí, créeme, es una puerta perfectamente conservada. Está un poco profunda. Ven, sígueme y te la enseño.

Pablo se puso la máscara con un cierto fastidio; no buceaba bien y le desagradaba tener que llegar a esa profundidad; además, apenas me conocía. Creo que pensó que estaba ante un imbécil que le iba a complicar la vida.

Pablo era consultor financiero, un hombre muy práctico y que no hacía caso de fantasías. Nos habíamos conocido el primer día cuando nos presentaron en la cena del capitán. Éramos un grupo de españoles y él llevaba la voz cantante. Tenía la cabeza rapada, el cuerpo cuidado en gimnasio y era un buen nadador, aunque no le gustaba el buceo; decía que le producía una claustrofobia tremenda. Yo, sin embargo, insistía mucho con la puerta.

Se metió con un cierto escepticismo, aunque también le movía la curiosidad. Nadamos unos diez minutos hasta llegar a la roca. Se la señalé con el dedo y aspiré, llenando bien los pulmones para poder aguantar un rato abajo. Me acompañó. Enseguida vimos la puerta. Me acerqué hasta coger el candado. Lo sacudí con fuerza; se movió, pero nada más.

Pablo me miraba bajo el agua. Subimos a respirar y nos quitamos el tubo.

–¡Es cierto! Una puerta de metal. Asombroso, y no parece vieja.

–¿Qué te decía? Será de pescadores.

–¡Qué absurdo! ¿Para qué quieren los pescadores guardar aparejos abajo? No me parece lógico.

Hablábamos en la superficie, tragando agua y agotándonos.

–Volvamos al barco.

Mientras subíamos a la cubierta, sin pensarlo dos veces nos dirigimos a buscar a Ivanna. Nos cruzamos con Alejandro, otro amigo, hombre de pocas palabras, ingeniero industrial.

–Habéis salido del agua como si quemara. ¿Qué os pasa?

–No te lo vas a creer: hemos encontrado una puerta debajo del agua.

–¿Una compuerta?

–No, una simple y normal puerta metálica. Está cerrada y cabe perfectamente una persona por ella.

–No tiene sentido –decía Alejandro, que, como buen ingeniero, era un ser muy racional y lógico. La imaginación, y mucho menos la fantasía, no entraba en sus parámetros.

–Sí –dijo Pablo–, carece de sentido, pero la realidad es que está allí, a seis metros. –Levantó los hombros mojados mientras se los secaba. Pablo, sin palabras, me miró a los ojos; sabíamos que habíamos encontrado algo increíble.

Decidimos esperar a la noche para bajar con una luz potente y ver si podíamos abrir la puerta. Solo sirvió para añadir incertidumbre a nuestro descubrimiento. El candado no estaba oxidado y era imposible de forzar con un simple cuchillo de buceo. Nos metimos los tres en el agua, comen-